

cabeza, y observando su poca edad, no pudo menos de decirle:

—¡Pardiez! Sois, caballero, el primer oficial general de diez y ocho años que he visto en mi vida: ¡cómo diablos os las habeis compuesto para llegar á oficial general?

—Muy sencillamente: he nacido hijo del que os ha hecho coronel.—Contestó el jóven duque.

—¡Muy bien! Si es así, replicó Kellermann, estoy muy gozoso con teneros á mis órdenes.

Esto ocurría hácia fin de Octubre, cuando ya se habia emprendido la campaña; campaña desgraciada, que empezó por la retirada, ó mas bien, por la derrota de Quiévrain y por el asesinato de Teobaldo Dillon.

En el mes de Marzo de 1792, el duque de Orleans, que pertenecía al rango de mariscal desde 1779, habia partido para Lorient, donde se preparaba una revista general de oficiales de marina. Durante este viaje fué cuando supo que el 20 de Abril de 1792, Luis XVI se habia presentado en la asamblea legislativa para declarar la guerra á Francisco I, rey de Bohemia y de Hungría.

Entonces se apresuró á dirigirse al ministro Lacoste, á fin de que solicitase del rey un mando para la guerra.

—Vos conocéis mi celo por la constitucion; le decia, me es imposible quedarme ahora que está declarada la guerra en una inaccion verdaderamente triste para todo buen ciudadano.

Este paso obtuvo una negativa por resultado.

Sin embargo, el duque de Orleans insistió, y entonces el rey respondió al ministro que defendia su causa:

—Pues bien, señor, que vaya adonde quiera.

El duque de Orleans se aprovechó de este permiso, que no fué muy gracioso, y marchó con su tercer hijo, el conde de Beaujolais, á reunirse con el ejército.

En este momento fué cuando tuvo lugar el desgraciado negocio de Quiévrain: los dos hijos mayores del duque de

Orleans recibieron en él su bautismo de fuego, y M. de Biron decia en su nota al hablar de ellos: “MM. de Chartres y de Montpensier han marchado conmigo en clase de voluntarios, y han aguantado por la primera vez algunos tiros de fusil de la manera mas brillante y mas tranquila.”

A causa de esta nota y á consecuencia de esta jornada, fué á lo que debió el duque de Chartres su nombramiento de mariscal de campo.

De allí habia pasado con una brigada de dragones á las órdenes de Luckner al campo de la Magdalena, y de aquí se habia presentado el 17 de Junio ante Courtrai, donde habia hecho de nuevo conocimiento con las balas enemigas.

Courtrai fué tomado por asalto.

Este es el momento en que Dumouriez va á aparecer en el ejército del Norte.

Ha tenido este hombre tan grande influencia en el destino del príncipe cuya historia narramos, que se nos permitirá decir sobre él algunas palabras, y referir en qué circunstancias abandonaba el ministerio y llegaba al ejército.

CAPÍTULO IX.

GRANDES cosas acontecieron en Paris, desde que el duque de Chartres, á su paso por aquella ciudad, se filió entre los Jacobinos.

Estos acontecimientos son conocidos con el nombre de sus fechas.

Se llaman: el 20 de Junio, el 10 de Agosto, y el 2 y 3 de Setiembre. Estas fechas son demasiado conocidas para que nos detengamos en ellas. Trajeron consigo:

La prision del rey en el Temple;

La creacion del tribunal revolucionario;

Un movimiento unánime y terrible en la frontera.

En estas circunstancias pretendió La Fayette hacer el papel de Monk: puso en juego una intriga para obligar á su ejército á restablecer la Constitucion, anular el 10 de Agosto y colocar otra vez al rey en las Tullerías.

Por fortuna su ejército resistió mezclarse en la rebelion, y viéndose perdido, atravesó la frontera: por fortuna tambien, los austriacos se apoderaron de él y lo enviaron á los calabozos de Olmutz.

Antes de su prision, La Fayette era un traidor, ni mas ni menos coma lo fué Dumouriez siete ú ocho meses despues.

La asamblea decretó su acusacion.

Se le dió el mando del ejército de Oriente, y el del Norte se confió á Kellermann, á quien, como hemos dicho, se presentó el duque de Chartres.

Dumouriez habia hecho cuanto estaba de su parte para impedir los acontecimientos que precipitaron al rey.

Con la nueva asamblea se habia levantado un nuevo partido, el partido de la Gironda.

Robespierre, que creyó dominar la asamblea con los Jacobinos, vió de repente preponderar en los bancos que él y sus colegas habian dejado, á esa multitud de abogados, de poetas y publicistas, que llegaban á Paris con un corazon recto, con ideas ardientes y un valor á toda prueba.

Vergniaud reemplazó á Mirabeau y á Barnave.

La Gironda, en menos de seis meses contaba ya con mayoría, y la reina, á pesar de su repugnancia, se vió precisa-

da, á la caida de Mr. Narbona, á admitir un ministerio girondino.

Pero en los momentos de nombrar su ministerio se hallaron los girondinos casi tan embarazados como la corte. La tribuna era entonces un puesto de mayor importancia que el ministerio. Así es que tenia que conservar á sus oradores para defenderlo.

En consecuencia, se convino en formar uu ministerio misto: á Dumouriez se encargó el de negocios estrangeros; á Clavière el de hacienda y á Roland el de lo interior. Hé aquí el ministerio de la Gironda.

Los otros tres ministros, Duranton, de La Grave y Lacoste, el primero de justicia, el segundo de guerra y el tercero de marina, eran insignificantes.

Hablemos, pues, de Dumouriez, el único que realmente tenemos necesidad de dar á conocer á nuestros lectores.

Nació Dumouriez el año de 1733, y era, en la época á que hemos llegado, un hombre de cincuenta y ocho años; sus ademanes rápidos, su andar firme y el fuego de sus miradas, le quitaban diez años á primera vista. Las circunstancias hicieron de él un hombre de intriga, pero jamas pudieron hacerle hombre de ingenio. A los diez y nueve años de edad ya era soldado, y tan valiente, que en cierta ocasion, viéndose rodeado de enemigos, rehusó rendirse y fué acribillado á heridas: era noble, pero de esos nobles de provincia sin influjo ninguno en la corte. Pasó los treinta primeros años de su vida, ya en el ejército ganando sus grados con penoso trabajo, y ya á la sombra de esa diplomacia desconocida que mantenía Luis XV al lado de su diplomacia de rango. Es cierto que se engrandeció en tiempo de Luis XVI, dando su nombre á aquella obra nacional que emprendió este monarca, que acabó Napoleon, y que se llamó el puerto de Cherbourg.

En fin, se habia encumbrado; pero ya arriba le faltó pa-

ra sostenerse esa cualidad rara en todos tiempos, y que de día en día se hace mas rara aun:—la conciencia.

Habia, pues, llegado al ministerio de negocios extranjeros, acompañado de Clavière y de Roland.

Mucho se ha dicho sobre Dumouriez. ¿Era realista constitucional, girondino ó jacobino? Todo lo era y no era nada: era ambicioso.

El ministerio de Dumouriez fué el que declaró la guerra al Austria, y ya se sabe con qué desgracias comenzó esta guerra: con una derrota y con un asesinato.

La derrota de Quiévrain y el asesinato de Dillon.

En cambio de los guardias de corps licenciados, despues del 5 y el 6 de Octubre, y de los suizos que sucumbieron el 10 de Agosto, se dió al rey una guardia constitucional, que á su lado degeneró poco á poco en realista. Así es que cuando circuló la noticia de la derrota de Quiévrain, la tal guardia se manifestó muy satisfecha.

Mas si la guardia nacional estaba contenta, Paris al contrario, estaba muy triste; Paris estaba sombrío y presentaba un aspecto amenazador.

Por el informe de Bazira y la denuncia de un soldado de la guardia constitucional llamado Joaquin Murat, quien declaró que se le quiso cohechar y enviar á Coblenz, lo que rehusó como buen patriota, fué licenciada la guardia constitucional, y confiados á la guardia nacional los puestos que aquella custodiaba en las Tullerías.

La derrota de Quiévrain no fué un golpe menos terrible para el ministerio de Dumouriez. Tuvo necesidad de abandonar á su ministro de La Grave como á una víctima espiatoria.

Ocupó la vacante el coronel Servan, hombre que era todo de Roland, ó mas bien de madama de Roland.

No hay que engañarse en la significacion de esta palabra. Nadie sospechará de la castidad de una mujer que proporcionándosele un asilo en la casa de un hombre que se dijo

habia sido su amante, en lugar de acudir á este asilo, se sentó junto á la cuna de su hija y esperó á que allí la arrestasen.

Tres dias despues de la entrada de Servan al ministerio, propuso á la asamblea, sin decir una sola palabra á sus colegas, reunir en Paris un cuerpo de veinte mil voluntarios, con motivo del próximo aniversario de la Federacion.

La conducta de Servan hirió en lo mas vivo la ambicion de Dumouriez, que miraba ya imposible una reaccion militar ó realista, cuando habia esperado poder llevar á cabo lo que no habia conseguido La Fayette.

Ese cuerpo de voluntarios, es decir, de hombres afectos á la revolucion, acababa de un golpe con sus esperanzas.

Tambien la corte se pronunció contra el tal cuerpo.

La Gironda se cansó de esta eterna lucha: se resolvió á quebrar de una vez con el rey, y dictó el 27 de Mayo un urgente decreto contra los sacerdotes refractarios.

Este decreto estaba concebido en estos términos:

“La deportacion fuera del reino, se efectuará en el trascurso de un mes, si es solicitada por veinte ciudadanos activos, aprobada por el distrito y pronunciada por el departamento. El desterrado recibirá tres libras por día, para gastos de su viaje hasta la frontera.”

Publicado este decreto, no pudo conservar ya la corte su máscara constitucional.

Si el rey le aprueba, el rey es tan girondino como la Gironda, y si le desaprueba se arranca la careta y se declara rey de los sacerdotes y de los emigrados.

Si abdica, se queda á medio camino, y la revolucion prosigue sola.

Con el pretexto de una carta que publicó, obligó el rey á Roland á que presentase su dimision. Roland así lo hizo, pero al mismo tiempo Clavière y Servan, es decir, la pura Gironda, presentaron tambien las suyas.

El rey contaba con Dumouriez: si Dumouriez se queda-

ba, aun se podia proseguir la lucha, porque Dumouriez era la espada del rey.

Dumouriez consintió en quedarse; pero propuso para ello sus condiciones.

Era necesario manifestarse girondino para acabar con la Gironda.

La cosa era difícil, pero no imposible.

Hé aquí el medio que propuso Dumouriez. Sancionar el decreto de los veinte mil hombres: sancionar la deportacion de los sacerdotes, y formarse un ministerio, con ayuda del cual, aparentando ceder á la Gironda, se pudiese ganar con el tiempo el terreno perdido.

Presentó á Naillac para las relaciones esterioras, á Vergennes para hacienda, á Mourgues para el interior, y se reservó para sí la verdadera fuerza, el ministerio de la guerra.

Pero cuando Dumouriez hubo aceptado, cuando hubo afrontado la cólera de la asamblea, mas temible en esa época para los generales que el fuego de los campos de batalla; cuando hubo apaciguado esa cólera demostrando que la cuestion contra Roland, Clavière y Servan, era puramente personal y referente solo á la publicacion de la carta de Roland; cuando hubo asegurado, en fin, que el rey era girondino en su corazon, y para mas probarlo se hubo comprometido á hacerle ratificar los dos decretos, el rey declaró á Dumouriez que consentia en sancionar el decreto sobre la creacion del cuerpo de 20,000 hombres; pero que su conciencia religiosa se oponia absolutamente á que aprobase el decreto de la deportacion de los sacerdotes.

Dumouriez comprendió que se habia perdido como ministro. No le quedaba mas que un recurso, que una absolucion de su pecado, y era el de salvar á la Francia como general.

Al dia siguiente envió su dimision, en cambio de la que recibió órden de marchar á reunirse con el ejército.

Habia, pues, como hemos dicho, reuniéndose al ejército; ¡pero en qué momentos!

Cuando la Vendée se sublevaba; cuando Longwy estaba sitiado y Valenciennes bombardeado; cuando Verdun, en fin, abria sus puertas y enviaba á sus mas puras y hermosas vírgenes á llevar coronas de flores al enemigo.

Es verdad que Beaurepaire se levantó la tapa de los sesos por no rendirse, que Paris estaba comprometido por los asesinatos de Setiembre, y que la Francia entera impelia á sus hijos hácia el enemigo como una muralla viviente; pero á pesar de todo esto, apenas se hallaba á tres ó cuatro jornadas de Paris.

Entonces logro Dumouriez la fortuna, de que si juzgaban en él severamente al ministro, apreciaban, en lo que valia, al guerrero. Es que al quitar al general de la política, comprendieron que al poner la espada en su mano, lo verian vencer, aunque fuese en provecho de la revolucion.

¿Cuál fué el resultado? Que la Gironda, es decir, Vergniaud, los Jacobinos, es decir, Robespierre, y los frailes, es decir, Danton, se unieron sinceramente á Dumouriez.

Y eso que los girondinos le odiaban porque los habia engañado; que los Jacobinos le odiaban porque los habia combatido siempre; y que Danton le odiaba, como odiaba todo lo que le recordaba la aristocracia del antiguo régimen.

Con todo, los girondinos fueron á sacarlo de su humilde posicion en el ejército, é hicieron de él un general en gefe: los Jacobinos aprobaron y sostuvieron su nombramiento, y Danton, en fin, le envió la inspiracion con Fabre d'Eglantine y la fuerza con Westermann.

Con Fabre d'Eglantine á su derecha y con Westermann á su izquierda, Dumouriez combatia entre el 20 de Junio y el 10 de Agosto.

Dumouriez no era, pero parecia ser el hombre de la revolucion.

Por lo demas, la situacion física, si puede llamarse así, parecia desesperada; pero la situacion moral era fuerte y orgullosa.